



Héctor Augusto Walde Salazar
18.06.1967 - 27.12.2023

Imagen: Archivo de PROLIMA. Foto de Lucía Silva (2021)

Héctor Augusto Walde Salazar

In memoriam

Con la prematura partida de Héctor Walde, la comunidad arqueológica andina ha perdido irreparablemente a uno de sus principales representantes. Héctor nació en Lima un 18 de junio de 1967 y estudió la carrera de arqueología en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Desde un inicio, su entusiasmo y pasión por la arqueología, no solo lo condujo a participar en eventos de académicos de la carrera, sino y, sobre todo, a interactuar con múltiples proyectos de campo que le brindaron, como a pocos, una excepcional y larga experiencia que lo consagró como hombre de campo, pero además, con una gran capacidad para dirigir y gestionar proyectos interdisciplinarios. Por si fuera poco, su destreza en terreno, la complementó académicamente por medio de una maestría en “Conservación y Restauración de Monumentos” en la Universidad Nacional de Ingeniería, en Lima. Y es que Héctor, para quienes lo conocimos, fue un apasionado por las excavaciones, la arquitectura y la conservación del patrimonio arqueológico peruano.

Su versatilidad en el trabajo de campo y su prontamente reconocida gestión del patrimonio inmueble, le permitió trazar dos líneas de actividades importantes. Por un lado, la administración pública (antes, Instituto Nacional de Cultura -INC-, hoy Ministerio de Cultura -MinCul-, incluyendo gobiernos locales y municipios), y en el sector privado, brindando consultorías a estudios de abogados, empresas de producción y extracción, por mencionar las principales. Por el otro, la relacionada a la recuperación y puesta en valor de sitios arqueológicos y monumentos históricos. Héctor, fue un gran estratega, dado que, para ambas líneas, estableció compromisos con colectivos vecinales, autoridades y gremios culturales, donde su carisma y liderazgo le confrieron una imagen de agente de cambio positivo para la sociedad.

Su capacidad de gestión en el rol transformador de la concientización de la comunidad con su entorno arqueológico data de largo tiempo. Héctor, en conjunción con el INC a inicios de la década de 1990, participó en el proyecto del monumento arqueológico Huaycán de Pariachi (i.e. Huaycán del Rímac) en el distrito de Ate Vitarte, Lima, a pesar de las condiciones de conflicto social y armado de aquel entonces. Entre 1993 y 1995, Héctor formó parte del equipo del proyecto arqueológico en Huallamarca (Pan de Azúcar), monumento arqueológico ubicado en el distrito de San Isidro. Se le recuerda allí por registrar prolijamente sus hallazgos. Y es que, desde muy joven, era diestro con el badilejo. Posteriormente, hacia mediados de la misma década participa en el Proyecto de Inventario de Monumentos Arqueológicos de la Dirección de Sitios Arqueológicos, órgano que se pasó a formar parte del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú. El objeto de dicho proyecto era el de plasmar en los mapas cartográficos los distintos catastros arqueológicos que se habían desarrollado en Lima, y con ello, organizar un sistema único de identificación de sitios arqueológicos. Héctor, fue pues uno de los pioneros tanto en la interacción de la arqueología con el paisaje urbano, pero además en la documentación de sitios monumentales que son su salvaguarda, adelantándose décadas a ambas líneas de investigación, hoy en día de uso frecuente.

Entre fines de la década antemencionada e inicios del nuevo milenio, el contexto era de un Perú ingresando a una etapa de reactivación económica y cambios sociales que permitían impulsar proyectos de inversión pública y privada. Con ello, la arqueología en el país iniciaba una nueva modalidad de participación en dichos proyectos que ya contemplaban nuevos enfoques, incluyendo impactos ambientales, sociales y arqueológicos. Dichos procesos dejan de ser asumidos por el INC, generando un mejor mercado para la carrera de arqueología, de tal modo que emerge la llamada “Arqueología de Contrato” o de evaluación arqueológica.

Es en ese contexto que Héctor inicia una paulatina consolidación dada su ya reconocida versación como agente participativo entre las comunidades y sus paisajes arqueológicos. Y lo hace, en aquel tiempo, en calidad de director del Parque Arqueológico Nacional de Machu Picchu y, además, como subgerente de la Unidad de Gestión del Santuario Histórico del mismo. Luego, en condición de miembro y después de presidente de la Comisión Calificadora de Proyectos tuvo la responsabilidad de analizar la problemática de la ocupación de asentamientos humanos en zonas arqueológicas, bajo la coordinación del Organismo de Formalización de la Propiedad Informal (COFOPRI). La labor de Héctor era gravitante pues tenía que evaluar el impacto que habían producido las ocupaciones informales; es decir, invasiones de asentamientos humanos en las zonas arqueológicas, entre otras, que ocuparon las zonas arqueológicas y con ello, determinar si estas ocupaciones debían ser formalizadas. Su connotada trayectoria en gestión lo encaminó a ser consultor en patrimonio cultural para la Contraloría General de la República en la auditoría de gestión en la Zona Arqueológica de Pachacamac.

Su actividad también se volcó en las innumerables asesorías arqueológicas solicitadas por los gobiernos locales, entre las que se cuenta a Tumbes, Chancay, Huamanga

y Asia, donde desarrolló proyectos de evaluación arqueológica con fines de saneamiento urbano. En esa línea de actividad, pudo vincularse con el Ministerio de Vivienda, Construcción y Saneamiento, que lo llevó a elaborar, gestionar y supervisar proyectos de agua y saneamiento para 40 localidades en Puno bajo el Programa Nacional de Saneamiento Rural (PNSR).

Su incansable actividad en patrimonio, lo llevó a la Dirección de Arqueología del Ministerio de Cultura entre marzo del 2010 a enero del 2012, donde da impulso a los trabajos arqueológicos orientados a su recuperación y puesta en valor ejecutados bajo la modalidad de Proyectos de Inversión Pública (PIP).

En el ámbito privado, su participación no fue menos prolífica. Realizó investigaciones en el Templo del Coricancha en la iglesia de Santo Domingo del Cusco; ejecutó excavaciones en Cajamarquilla (distrito de Lurigancho-Chosica, monumento considerado como el segundo más grande hecho de adobe, después de Chan-Chan). Sin embargo, Héctor se hizo mediáticamente reconocido gracias a las excavaciones de rescate que hizo en Punta Lobos (Huarney), donde descubrió más de 178 restos humanos que, luego de las investigaciones, se determinó que correspondían a ejecuciones sumarias de prisioneros de la época de la expansión sur del Estado Chimú, probablemente en respuesta a la resistencia local. Estos resultados, solo fueron posibles gracias al método prolijo de recuperación de restos que Héctor, como hombre de campo, supo establecer eficientemente. Los restos óseos han servido y vienen haciéndolo además para posteriores estudios (e.g. Verano y Toyne 2011).

Otro de los grandes aportes de Héctor, por cierto, también mediático, fue su apuesta por la recuperación y conservación de Garagay (en el distrito de San Martín de Porres, Lima), reconocido templo en forma de “U” de la época Formativa, bajo los auspicios de la Municipalidad Metropolitana de Lima. Sus excavaciones en el atrio lo condujeron a revelar con métodos modernos (cf. Ravines 1975), frisos policromos de un rostro antropomorfo y con ello, reconfirmar el potencial de Garagay para su recuperación y puesta en valor como el principal monumento que yace en Lima, con ca. 3,500 años de antigüedad. Además, en este trabajo, Héctor sienta las bases para que los vecinos de las inmediaciones se sensibilicen frente a su patrimonio y reconozcan que son parte del proceso de su puesta en valor, generando un sentimiento de respeto por sus ancestros y el cuidado que le pueden dar, incentivando así una conciencia arqueológica, un factor importante para el desarrollo social.

Pronto, materializó, bajo su liderazgo, el Equipo de Arqueología de Lima, a saber, unidad de trabajo especializada del Programa Municipal para la Recuperación del Centro Histórico (PROLIMA). Con un grupo de arqueólogos, Héctor hizo diversas intervenciones arqueológicas en el Centro Histórico de Lima, entre las que se cuenta a la antigua capilla de la Iglesia de la Soledad (plazuela de San Francisco), el Molino de Gerónimo de Aliaga, El hospital Real de San Andrés, el barrio de Monserrate, la plazuela del Teatro y en las iglesias de Santo domingo, Trinitarias y Buena Muerte, y entre muchas otras zonas del Centro Histórico de Lima.

Por otro lado, creó el Gabinete de Arqueología de PROLIMA, encargado de custodiar y estudiar la más grande colección de vestigios arqueológicos del Centro Histórico de Lima que, a la sazón, cuenta con más de 100,000 objetos, sujeto de investigaciones a presentar la historia de Lima que edita el Boletín del Equipo de Arqueología de Lima.

En el ápice de su carrera, su extensa experiencia de más de 25 años en el liderazgo de proyectos arqueológicos y en gestión pública-privada, así como su predisposición de apoyo y orientación en temas arqueológicos, lo llevaron a erigirse como decano del Colegio de Arqueólogos del Perú, donde impulsó la publicación de la revista de este órgano institucional.

A Héctor lo recordaremos por sus fieles convicciones y características como proactividad, compromiso, colaboración, sensibilidad, emprendimiento, servicio, empatía, generosidad y liderazgo, atributos no solo de su trayectoria profesional, sino además de un gran ser humano que siempre lo tendremos presente por el legado que nos deja.

¡Hasta siempre, Héctor!

Lyda Casas Salazar

BIBLIOGRAFÍA

Ravines, Rogger

1975 *Garagay. Un viejo templo en los Andes*. Textual (INC) Octubre.

Verano, John y Maria Toyne

2011 Estudio bioantropológico de los restos humanos del Sector II, Punta Lobos, valle de Huarmey. *Andes* (IFEA) 8: 449-474.